

Olvido

Hoy subí al desván de la vieja casa familiar, aquella que, a pesar del tiempo y la distancia, sigue albergando los ecos de mi infancia. Allí, entre el polvo y los recuerdos enterrados, estaba mi vieja bicicleta roja, cubierta de telarañas y olvido, oculta en un rincón, esperando paciente a ser encontrada. Apenas la vi, sentí que algo en mi pecho se rompía, fue como si el tiempo se detuviese y el peso de los años se derrumbaran sobre mí.

Recuerdo con ternura a esa niña de seis años temblando de emoción y nerviosismo, mientras mi abuelo, con sus manos firmes y desgastadas por el paso de la vida sostenía el manillar. Su amor y paciencia era todo lo que necesitaba para sentirme segura en aquel patio sevillano de adoquines desgastados y macetas esmaltadas.

Yo era su ojito derecho, ¿sabes?, teníamos una conexión muy especial. Mis padres trabajaban sin descanso y era él quien llenaba mi vida con alegría y enseñanzas. Le recuerdo riendo, con sus ojos achinados, transmitiendo una mezcla de ternura y cansancio que yo, tan niña, no podía entender.

"¿Estás lista, Ana?" me preguntó aquella tarde mientras ajustaba mi casco con cuidado. Asentí confiando en que, mientras él estuviera a mi lado, nada malo podía sucederme. El recuerdo de sus manos en mi espalda es tan vívido que casi puedo sentirlos de nuevo. "No te preocupes, yo te tengo", me decía, y yo le creía con todo mi corazón. Cada pedalada era un triunfo, una victoria compartida. "No me sueltes, abuelo", le pedía con voz temblorosa y él, con su risa cálida y un amor que aún atraviesa el tiempo, me prometía: "Nunca lo haría, estoy aquí contigo."

Llegado el momento, soltó la bicicleta y sentí en mi pecho el vacío, la euforia y el miedo. "¡Mira, abuelo, estoy montando en bici!", grité, buscando su aprobación. Y él estaba allí, con los ojos llorosos y el corazón en las manos.

La nostalgia me ahoga mientras sostengo el manillar de aquella bicicleta olvidada y pienso en cómo la vida ha seguido su curso implacable. De repente, siento una pequeña mano que tira de mí con fuerza. Mi hija, con sus grandes y curiosos ojos verdes, me observa con una mezcla de esperanza y emoción y en ese preciso instante, sé lo que debo hacer. Respiro hondo, limpio la bicicleta con esmero y se la entrego. Ella, con la misma mezcla de emoción y nerviosismo que yo sentí años atrás, me mira expectante.

"Vamos, cariño," le digo con una sonrisa temblorosa, "vamos a aprender a montar en bici." Juntas, nos dirigimos al carril bici que hay junto al río Guadalquivir, donde el agua refleja el cielo, iluminado por el sol de la tarde. Mientras la sostengo, como él me sostuvo a mí, y la veo pedalear por primera vez, noto que algo en mí sana. Y mientras recorremos las mágicas calles de Triana, siento la presencia de mi abuelo, acompañándonos, sonriendo, orgulloso de este nuevo capítulo que hemos comenzado.